

ESCENA III.

Salon de palacio.

CLAUDIO. GERTRUDIS. HAMLET. POLONIO. LAERTES. VOLTIMAN. CORNELIO. CABALLEROS. DAMAS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tristeza los corazones y á que en todo el reino solo se observe la imagen del dolor; con todo eso, tanto ha combatido en mí la razon á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. A este fin he recibido por esposa á la que un tiempo fue mi hermana y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nacion; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cánticos de muerte á los epitalamios de himeneo, pesados en igual balanza el placer y la afliccion. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasion ha pro-

cedido con absoluta libertad, de lo cual os quedo muy agradecido. Ahora falta deciros, que el joven Fortimbrás (8), estimándome en poco, ó presumiendo que la reciente muerte de mi querido hermano habrá producido en el reino trastorno y desunion; fiado en esta soñada superioridad, no ha cesado de importunarme con mensajes, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre y adquirió mi valeroso hermano con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que á mí toca, y en cuanto al objeto que hoy nos reúne, veisle aquí. Escribo al rey de Noruega, tio del joven Fortimbrás, que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, á fin de que le impida llevarlos adelante, pues tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y fuerzas. Prudente Cornelio, y tú Voltiman, vosotros saludareis en mi nombre al anciano Rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno que exceda los límites expresados en estos artículos. (*Les da unas cartas.*) Id con Dios, y espero que manifestareis en vuestra diligencia el zelo de servirme.

*

VOLTIMAN.

En esta y cualquiera otra comision os daremos pruebas de nuestro respeto.

CLAUDIO.

No lo dudaré. El cielo os guarde.

ESCENA IV.

CLAUDIO. GERTRUDIS. HAMLET. POLONIO. LAERTES.
DAMAS. CABALLEROS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Y tú, Laertes, ¿qué solicitas? Me has hablado de una pretension: ¿no me dirás cuál sea? En cualquiera cosa justa que pidas al Rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿Ni qué podrás pedirme que no sea mas ofrecimiento mio, que demanda tuya? No es mas adicto á la cabeza el corazon, ni mas pronta la mano en servir á la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. En fin, ¿qué pretendes?

LAERTES.

Respetable soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De alli he venido voluntariamente á Dinamarca á mani-

festaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronacion; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinacion me llaman de nuevo á aquel pais, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

CLAUDIO.

¿Has obtenido ya la de tu padre? ¿Qué dices, Polonio?

POLONIO.

A fuerza de importunaciones ha logrado arrancar mi tardío consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé últimamente la licencia de que se vaya, aunque á pesar mio; y os ruego, señor, que se la concedais.

CLAUDIO.

Elige el tiempo que te parezca mas oportuno para salir, y haz cuanto gustes y sea mas conducente á tu felicidad. ¡Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo!

HAMLET.

Algo mas que deudo, y menos que amigo. (9)

CLAUDIO.

¿Qué sombras de tristeza te cubren siempre?

HAMLET.

Al contrario, señor, estoy demasiado á la luz.

GERTRUDIS.

Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste aflicción; véase en él que eres amigo de Dinamarca: ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, comun es á todos, el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET.

Sí señora, á todos es comun.

GERTRUDIS.

Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET.

¿Aparentar? No señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el traje acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante rio, ni la dolorida expresion del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las exterioridades de sentimiento, bastarán por sí solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me

ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad, pero son acciones que un hombre puede fingir. . . . Aquí (*Tocándose el pecho.*), aquí dentro tengo lo que es mas que apariencia: lo restante no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

CLAUDIO.

Bueno y laudable ⁽¹⁰⁾ es que tu corazón pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero no debes ignorarlo, tu padre perdió un padre también, y aquel perdió el suyo. El que sobrevive, limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo es una conducta de obstinacion impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto, que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazón débil, un alma indócil, un talento limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazón padezca, queriendo neciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? ¿á lo que es tan comun como cualquiera de las cosas que mas á menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda á la razon que nos da en la muerte de nuestros pa-

dres la mas frecuente de sus lecciones, y que nos está diciendo, desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira: mortales, ved aqui vuestra irrevocable suerte. Modera pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza: considera que tienes un padre en mí; puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona mas inmediata á mi trono, y que te amo con el afecto mas puro que puede tener á su hijo un padre. Tu resolucion de volver á los estudios de Witemberga es la mas opuesta á nuestro deseo, y antes bien te pedimos que desistas de ella, permaneciendo aqui estimado y querido á vista nuestra, como el primero de mis cortesanos, mi pariente y mi hijo.

GERTRUDIS.

Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Witemberga: quédate con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

HAMLET.

Obedeceros en todo será siempre mi primer conato.

CLAUDIO.

Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés. Venid,

señora. La sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazón. En aplauso de este acontecimiento no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el cañon robusto, y el cielo retumbe muchas veces á las aclamaciones del Rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

ESCENA V.

HAMLET.

¡Oh si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse disuelta en lluvia de lágrimas! ¡ó el Todopoderoso no asestara el cañon contra el homicida de sí mismo! ¡Oh Dios! ¡oh Dios mio! ¡cuán fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él: es un campo inculto y rudo, que solo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Que esto haya llegado á suceder á los dos meses que él ha muerto!.... No, ni tanto: aún no ha dos meses. Aquel excelente Rey que fue, comparado con este, como con un Sátiro, Hiperion; tan amante de mi madre, que ni á los aires celestes permitia llegar atrevidos á su rostro. ¡Oh cielo y tierra!.... ¡Para qué con-

servo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes..... ¡ah! no quisiera pensar en esto. ¡Fragilidad, tú tienes ⁽¹¹⁾ nombre de muger! En el corto espacio de un mes, y aun antes de romper los zapatos ⁽¹²⁾ con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas acompañó el cuerpo de mi triste padre..... sí, ella, ella misma..... ¡Cielos! una fiera, incapaz de razon y discurso, hubiera mostrado afliccion mas durable..... se ha casado, en fin, con mi tio, hermano de mi padre; pero no mas parecido á él que yo lo soy á Hércules. En un mes..... enrojados aún los ojos con el perdido llanto, se casó. ¡Ah, delincuente precipitacion, ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero hazte pedazos, corazon mio, que mi lengua debe reprimirse.

ESCENA VI.

HAMLET. HORACIO. BERNARDO. MARCELO.

HORACIO.

Buenos dias, señor.

HAMLET.

Me alegro de verte bueno..... ¿Es Horacio, ó me he olvidado de mí propio.

HORACIO.

El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

HAMLET.

Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te das. ¿A qué has venido de Witemberga?.... ¡Ah Marcelo!

MARCELO.

Señor.

HAMLET.

Mucho me alegro de verte con salud tambien. Pero, la verdad, ¿á qué has venido de Witemberga?

HORACIO.

Señor..... deseos de holgarme.

HAMLET.

No quisiera oir de boca de tu enemigo otro tanto; ni podrás forzar mis oidos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero dime, ¿qué asuntos tienes ⁽¹³⁾